

Capítulo 6. Arte visual en la escuela: una mirada a las emociones políticas y la imaginación narrativa

Daniela Mejía Agudelo

Daniela Monsalve Cuencar

Introducción

El arte es capaz de hacer viajar por el tiempo y los espacios; se pueden conocer épocas y tierras lejanas al observar, por ejemplo, las pinturas de Paul Gauguin ambientadas en Tahití. El arte es, a su vez, capaz de transmitir emociones y pensamientos, como ocurre con las obras de Frida Kahlo, que dejan entrar al espectador a su mundo interior, sus miedos y dolores. El arte también es política, crítica y memoria histórica, como pasa con las obras del mexicano Diego Rivera, que resaltan las luchas campesinas y representan a figuras importantes para la historia como Emiliano Zapata; o con los cuadros del colombiano José Alejandro Restrepo, que reflejan acontecimientos de la memoria nacional, como la masacre de las bananeras y la toma del Palacio de Justicia. También, el concepto y la filosofía en el arte se ven claramente en artistas como Magritte y su obra *Esto no es una pipa*, que llevó a autores como Michel Foucault a reflexionar hondamente sobre su concepto. El arte es, entonces, pensamiento, historia, experiencia y cultura.

Tanto el artista como el espectador comparten estas mismas dimensiones, pues la obra de arte es una combinación de significados y significantes que son proporcionados inicialmente por el artista y luego reinterpretados por el espectador, lo que compone un *jugar-con*, en palabras de Gadamer (1991). El artista es pensamiento cuando crea su obra, y el espectador lo es también en cuanto la contempla y la significa. Es decir, la obra involucra un ejercicio semiótico de codificación y

decodificación, ya que se trata también de un lenguaje, en este caso *visual*.

Con la obra artística visual se interpretan no solo la forma y el color —el texto—, sino también una serie de significados y conceptos —el contexto— que implican competencias más allá de la “contemplación” del arte como figuración. Es por todo esto que se puede decir que arte y pensamiento caben en una misma condición cognitiva.

Quizás sea el lenguaje artístico aquel que puede comunicar de mejor manera las emociones, incluso más que el signo lingüístico, pues, como lo dice Tamayo (2002), “al usar el lenguaje de las imágenes realizamos inferencias de diversos tipos, gracias a las cuales podemos expresar e interpretar mucho más de lo que está en las palabras” (p. 5). El arte visual, entonces, logra comunicar hasta lo más profundo de la condición humana, lo que inclusive las palabras no alcanzan a expresar.

Imaginación narrativa

En la interpretación de una obra se encuentra la empatía: se tiene presente al artista, ¿qué estaba sintiendo o pensando al crear la obra?, ¿qué partes de él están en ella? Al encontrarse frente a una obra, se sabe que existe un alguien que la creó, y es como si el espectador quisiera meterse en su piel por un instante, para entender sus sentimientos, ideas e inspiración. Quizás lo que a veces aleja a la persona del común del arte es esa frustración de querer entender el mensaje del artista. Es aquí específicamente donde se encuentra lo humano del arte: en las emociones y en la empatía.

Las obras de arte cuentan historias. Los espacios, las épocas y las personas cobran vida en un cuadro cuando hay quien los ve. Para el niño o la niña como espectadores es más fácil comprender una obra cuando son capaces de identificar las formas y los elementos; esto en alusión a lo figurativo en el arte, que se puede relacionar también con lo narrativo. Además, la naturaleza fantástica e imaginativa de los niños y las niñas da lugar a este fenómeno, de forma que como espectadores pueden comprender el arte por medio de la construcción de relatos.

Hay en los niños y las niñas un interés especial por el ser humano, interés que se construye desde el nacimiento. No es extraño ver a un bebé fascinarse con la presencia de otro ser humano, balbucear, como si

tratase de decirle algo, sonreírle a la mamá o al papá cuando le hablan. Nussbaum (2010) destaca dos momentos fundamentales en la infancia para dar lugar a la construcción de la empatía: el primero, “El intercambio natural de sonrisas entre un bebé y sus padres demuestra cierta predisposición para reconocer la humanidad en el otro, y los bebés pronto comienzan a deleitarse con ese reconocimiento” (p. 133); y el segundo, el cual es el juego, en especial el simbólico o el de roles, tan particular y característico de la niñez, que demuestra cómo los niños escogen interpretar o jugar a ser otras personas e implican también “la capacidad de imaginar cómo puede ser la experiencia del otro” (p. 134). El encuentro con la obra de arte se puede considerar como otro momento de la vida (y en particular de la infancia) en el que se construye la empatía o el interés por el otro.

En la realidad hipervisualizada actual, los niños y las niñas se acostumbran a ver colores e imágenes en todo lugar, lo que plantea una desventaja para el mundo del arte, ya que una obra artística puede pasar como una imagen más que no impacta ni llena de significado algún aspecto de sus vidas. A su vez, el contacto humano allí es cada vez menor y el ver a otra persona en una obra de arte con condiciones humanas, vulnerabilidades y emociones, se torna impactante. Esto es evidente cuando un niño se encuentra, por ejemplo, frente a una obra abstracta como *Círculos concéntricos* (1913) de Kandinsky y al lado está una pintura como *El viejo guitarrista* (1903-1904) de Picasso; el niño reconoce primero al hombre en la pintura y pregunta “¿Qué le pasa a ese hombre?”. El niño siente por ese hombre lánguido y triste una preocupación. Es este interés por las personas y sus historias personales, inclusive en una pintura, en una canción o una novela, lo que Nussbaum denomina imaginación narrativa.

Nussbaum (2005, p. 118) plantea que la imaginación narrativa es una capacidad humana que, además de su naturaleza artística y narrativa, es necesaria para la vida en sociedad, ya que está fundamentada en la comprensión y la empatía. La imaginación narrativa es, entonces, preocuparse por el otro, imaginarse en su lugar para poderlo entender, y, por ende, se basa en el arte de la narrativa. Frente a esto, la autora expone:

El conocimiento fáctico y la lógica no alcanzan para que los ciudadanos se relacionen bien con el mundo que los rodea. La tercera capacidad del ciudadano del mundo, estrechamente vinculada

con las primeras dos, es aquella que denominamos “imaginación narrativa”, es decir, la capacidad de pensar cómo sería estar en el lugar de otra persona, de interpretar con inteligencia el relato de esa persona y de entender los sentimientos, los deseos y las expectativas que podría tener esa persona. (p. 132).

La imaginación narrativa implica, entonces, reconocer al otro, deponer las estructuras de poder verticales para darles la voz a los sujetos; de eso se trata el reto educativo en las escuelas, de que el maestro sea capaz de ponerse en el lugar de los niños y las niñas, y de que sea capaz de comprender las diversas subjetividades que los constituyen. El empleo del arte en la escuela permite observar cómo el reconocerse entre pares es una manera de vivir en comunidad. Se aprovecha, entonces, esta relación ética-estética, para hacer énfasis en el reconocimiento del otro, tanto en el arte como en el aula.

Los retratos en el arte visual permiten hacer ese ejercicio de interesarse por el otro, ya que hay un encuentro de miradas y una expresión de emociones. Autorretratos como los de Van Gogh o Frida Kahlo evocan emociones quizás distintas a los retratos de Picasso por distintas razones. Los niños hacen un ejercicio semiótico y hermenéutico, pero principalmente personal, ya que se deben conocer las emociones para identificarlas y lo que ocurre muchas veces es que se ven estas emociones en los retratos, en la pintura. Esto es importante porque el niño y la niña se reconocen a sí mismos a la vez que al otro (así sea un otro no real).

El arte visual, como también lo son la literatura, la poesía y las canciones, es una herramienta para conocer muchos aspectos de la vida y las personas: las emociones, las vicisitudes e inclusive el sufrimiento. Por medio de los lenguajes expresivos, se puede hallar la humanidad en otras personas, que viven en condiciones diferentes a las propias, y a la vez se puede reconocer la propia humanidad: las vulnerabilidades, las experiencias íntimas, etc. La meta con todo esto es llegar a conocer y sentir empatía por las emociones y el sufrimiento en las personas que hacen parte de la cotidianidad del niño y la niña: sus padres, hermanos, seres queridos, vecinos, compañeros de clase, entre otros. Con esto, entonces, es posible construir ciudadanía en la escuela a partir de las artes.

Estrategias para el aula como la que denominamos “El retrato” permiten un cultivo de la imaginación narrativa y a la vez el reconocimiento del otro en la escuela. “El retrato” consiste en la

elaboración e interpretación de retratos de los mismos compañeros de clase, de manera que el interés por el otro en la obra de arte se convierta en un interés por el otro cercano: el compañero de clase a quien quizás nunca se le ha dado el reconocimiento que merece como ser humano.

Manifestación de emociones en la cotidianidad

A pesar de que las emociones políticas y la imaginación narrativa permiten y se dan en las interacciones humanas, otras emociones como la repugnancia y la ira se presentan en la mayoría de relaciones entre los participantes, las cuales intervienen directamente en la forma de convivencia dentro de los grupos. Marín y Quintero (2017) explican la carga moral de algunas de estas emociones:

Emociones como la repugnancia, la vergüenza, el amor, el miedo, cumplen una función evaluativa muy importante en el ordenamiento y la clasificación social. Es decir, las emociones políticas se constituyen en un elemento decisivo en el reconocimiento social y por tanto en los mecanismos de inclusión y exclusión que, en situaciones como los conflictos políticos, pueden impulsar a la destrucción o a la humillación de los otros. (p. 109).

De manera similar a lo descrito, se destaca el carácter ambivalente, no solo de las emociones políticas, sino también de la imaginación narrativa, lo que significa que aunque esta implique el ejercicio de ponerse en el lugar del otro, no garantiza algo “positivo” sobre lo que se siente por el otro. Se puede decir, entonces, que la imaginación narrativa ambivalente se caracteriza por involucrar la empatía, es decir, el interesarse por el otro sin que necesariamente sea cercano (en este caso a través del arte), pero permite que surjan emociones que pueden no favorecer la convivencia y la vida política.

Por otra parte, dentro del trabajo con las emociones y gracias a la ambivalencia de estas y de la imaginación narrativa, la autoestima aparece como elemento importante dentro de la configuración de la subjetividad, debido a que las percepciones de los demás están ligadas indudablemente a estigmas sociales en la mayoría de casos catalogados como negativos, entre los que se cuentan asuntos relacionados con la belleza y la fealdad, mismos que a su vez permiten identificar aspectos vinculados al reconocimiento, es decir, a la manera en la que las personas se perciben entre sí, ya sea en el ámbito privado o en el social. Según Honneth (2010), existen diferentes esferas para el reconocimiento, una

de las cuales se denomina la esfera de la solidaridad, que se pone en escena dentro de la relación con los otros, es decir, en la medida en que se encaja con ciertos grupos sociales.

Se observa que el reconocimiento es un punto de partida para comprender emociones como la repugnancia, la cual genera exclusión social, debido a que los asuntos desagradables, así sean subjetivos, son proyectados en las características de los demás, lo cual deja ver un rechazo por lo diferente, un desagrado por lo que no se acomoda a lo socialmente aceptado, un discurso permeado por estereotipos de lo que se considera “normal” dentro de la sociedad.

Así mismo, la vergüenza como emoción política va más allá de lo comúnmente conocido como la pena o el bochorno que generan algunas situaciones, ya que es una emoción que se refiere a la incapacidad de lograr algo esperado por otros y por sí mismo; en palabras de Nussbaum (2006):

La persona que siente vergüenza está dejando atrás la cómoda convicción narcisista de que todo está bien respecto de su mundo y reconoce las demandas justificadas de otros de que invierta tiempo, esfuerzo, dinero. En vez de seguir por su camino sin perturbarse, reconoce el hecho de que ha sido consciente de la realidad de la vida de otras personas y da pasos en el sentido de dejar atrás el narcisismo y de cultivar una “sutil interacción”. (p. 250).

De este modo, la vergüenza juega un papel importante en el tipo de relación que se puede llegar a establecer dentro de un grupo, ya que la forma de comportarse, convivir y de ser de cada sujeto ponen en escena asuntos particulares de la constitución del ser, ante los cuales se pueden presentar distintas formas de sentir vergüenza.

Por último y desde esta perspectiva, puede decirse que la escuela y quienes la habitan son el reflejo de todo lo que confluente a nivel social y viceversa. En otras palabras, las relaciones sociales son ciclos permanentes y abiertos en los que la acción de alguien afecta el desarrollo de los demás. En este orden de ideas, todo proceso humano trasciende el escenario mismo donde ocurre, es decir, se proyecta a diferentes esferas de la sociedad y habla de ella; por ejemplo, los barrios de la ciudad de Medellín comunican a través de los participantes, múltiples historias en las que el engaño y la decepción hacen parte del diario vivir, ya sea a nivel de pareja o entre padres e hijos, lo que deja ver un discurso permeado por la desconfianza y la duda.

Conclusiones

El arte en sus diversas manifestaciones, y específicamente el arte visual desde la imagen —con manifestaciones como la fotografía, las pinturas, los dibujos y los grabados—, es una herramienta con gran poder metodológico para el trabajo sobre las emociones y la sensibilidad de los niños. Esto es así porque permite, entre otras cosas, cultivar el proceso empático que involucra la idea de pensar y ponerse en el lugar del otro como un igual, pese a los diferentes contextos o situaciones.

Es así como la capacidad de preocuparse por el otro en la obra de arte permite afirmar que la imaginación narrativa tiene cabida tanto en la literatura, la poesía, la música y el teatro, lo mismo que en el arte visual por medio del lenguaje verbal y simbólico.

Por otra parte, la pedagogía en el arte visual tiene mucho potencial en el aula; por ejemplo, desde el campo de la semiótica, donde la interpretación de obras de arte e imágenes toma relevancia, se destaca su capacidad para la comprensión del otro como una habilidad que se aprende y se desarrolla con el paso del tiempo. En cuanto a este punto, la comprensión del otro, se aprende con el arte a leer gestos y lenguaje corporal, lo cual constituye un ejercicio hermenéutico de un lenguaje principalmente visual (combinado con otros sentidos), lo que parte esencialmente de la preocupación por el otro. Una persona que es abierta a comprender al otro es una persona socialmente competente. La interpretación y la semiótica, entonces, son fundamentales, pues todo se puede leer, y es necesario tener niños y niñas que lean el mundo y las personas, así como lo hacen con los personajes y situaciones de un cuento o de una pintura.

Referencias bibliográficas

- Gadamer, H. G. (1991). *La actualidad de lo bello: el arte como juego, símbolo y fiesta* Barcelona: Paidós.
- Honneth, A. (2010). *Reconocimiento y menosprecio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría social*. Madrid: Katz.
- Marín, M. L. y Quintero, M. (2017). Emociones políticas y mal. *Revista Eleuthera*, núm. 16, pp. 101-117. Disponible en: http://vip.ucaldas.edu.co/eleuthera/downloads/Eleuthera16_7.pdf.
- Nussbaum, M. (2005). La imaginación narrativa. En: *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal* (pp. 117-148). Barcelona: Paidós.

_____. (2006). *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz.

_____. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz.

Tamayo, C. (2002). La estética, el arte y el lenguaje visual. *Palabra Clave*, núm. 7. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=189.0.7.0>.